

Una Vida entre Letras

María Pinto



en “La mosca”, “La moza de fortuna”, “Un sábado cualquiera”, “Monólogo en cautiverio”, ...

Te fuiste haciendo adulta luchando por los caminos de letras y palabras, bien hilvanadas, en un mundo que no siempre da facilidades y comprensión a quien las ha menester, y menos siendo mujer; tú lo sabes.

La vida ha sido para ti una manera de dirigir la emoción, una sucesión de pasajes y de paisajes, de recuerdos, de escenas en diferentes escenarios, “Camino de Otaí” de remembranzas, de acontecimientos, de exilios y éxodos, de idas y venidas, de ausencias, de dolor y cuidados. Una vida, la tuya, sobre el tapete de la historia hecha de nudos y entrecruces y también de silencio. En una palabra “te has ido pariendo a ti misma, modelándote y transformándote”.

La poesía también tiene un lugar importante en tu magín. Lo testifican esos versos que reposan en tu almarío y que dibujas con palabras que emocionan, que reivindicán o gritan, que denuncian y que cuentan la historia porque también en los versos están implícitas pinceladas de tu historia. “Testamento”. *Dejo, bajo los paraguas, / el aullido de un pueblo. / Dejo, en estos párrafos de tristeza, / la voz del silencio, / la huella de la injusticia.* En “Hypatia” descubres tus querencias: */ Quisiera ser bruja pagana, / astrónoma, / matemática, / mujer de ciencia...*, “Confesiones de una loca”, “Siempre quise”, y otros. Eres prolífica en la palabra escrita, en decires profundos, en generosidad sin ambages. Tus versos son esa parte de ti que te cuesta mostrar, un gran mosaico que dice lo que callas. Decía Eduardo Galeano que los indígenas de Chiapas callan o hablan de callada manera.

Una radiografía de ti misma.

Escribir poesía es hacer una autobiografía espiritual y crítica. La palabra convertida en poema, ante todo, ha de ser pura emoción, desvarío y misterio. ¿Recuerdas el poema de Neruda “Oda a una cebolla”? *Estrella de los pobres / bada madrina / nos hiciste llorar sin afligirnos*”. La vida es como una cebolla que nunca acabas de pelar; una inmersión hacia el asombro. Capas y capas, el tiempo retenido, las lágrimas que

cuelgan de los ojos, un cuerpo transparente que nace de la tierra. Es la cebolla interminable lo que más se parece a la vida.

Podría seguir escribiendo, pero prefiero terminar con un poema a modo de panegírico.

*La historia de la vida
está dentro de ti.
Los mensajes cifrados
navegan por tus venas
cantando las verdades
con los labios cerrados
y las manos abiertas.*

Rosa Plazaola

TRAYECTORIA LÍTERARIA

En 1990, en Vitoria-Gasteiz, la Asociación de Mujeres “Jalgi Surgir” proyectó el “Primer Taller de Creación Lingüística” en los locales de la Asociación de Vecinos de Arana hoy transformado en el Centro Cívico Aranako. Una asociación ejemplar que sigue fiel a pesar de tantos años en activo.

Allí empezó mi andadura en el mundo literario, que prosiguió durante veintiocho años. La primera coordinadora fue Rosa Plazaola. Enseñó el arte de barajar palabras a través de consignas, a jugar con cada vocablo, frase o verso, dejando volar la imaginación... Ella me animó de una manera especial a escribir, y siempre le agradeceré aquel empuje que necesitaba. Cuando se jubiló, otras personas ocuparon su puesto y el taller se motivó con nuevas propuestas. Mi cariño para todas ellas y cómo no para las compañeras y compañeros que compartieron conmigo tan buenos y enriquecedores momentos.

En paralelo, durante doce años, asistí a otro taller de Escritura Creativa en el Centro EPA “Paulo Freire” de la mano de la profesora Conchi Martínez de Madina, quien con su experiencia nos enseñó las claves de una buena escritura. A ella también tengo que agradecer su estímulo y empeño en subirme la autoestima... Igualmente, mi recuerdo cariñoso para cada una de las personas que participaron conmigo de aquel taller inolvidable.

Parte de esta recopilación de relatos y poemas pertenecen a los dos talleres. Pero la escritura, a veces, sufre ausencias; la musa se evapora y la creatividad se convierte en estanque seco. Da fe de ello, este pequeño poema:

La musa

Ante el vértigo de la página en blanco,
ante el miedo de que huyan las palabras,
ante el suspense de la idea y el vacío de la memoria...

Aguardo. La espero. La invoco. La tuteo.
No silencio mis ansias ni el anhelo.
Vuelvo al vértigo, al dolor de su blancura, al margen todavía
virgen,
a las palabras escondidas en mi cerebro.

Pero aguardo. La espero. La invoco. La tuteo.
Añoro su etérea presencia, su verde destello que,
poco a poco, de soslayo, a mi lado se acomoda.
Ya no siento el vértigo en mi mano.

AUTOBIOGRÁFICOS

Retazos de mi vida

Nací en Esparragosa de la Serena, provincia de Badajoz, bajo el signo de Leo, el 6 de agosto de 1954 a las diecinueve horas, en el número 59 de la calle Generalísimo Franco, en aquella casa a la que llamaban “El Cuartel”, porque vivíamos cuatro familias de la saga paterna... Cuatro familias compartiendo un mismo techo y una misma vida, con cariño, diálogos y constantes risas...

Pero corta fue aquella niñez acomodada en la pequeña silla de enea, junto a la llama del candil que temblaba bajo el aliento; al lado de ella, Eufemia Balsera, mi querida madre. Con nitidez la recuerdo, siempre en la recocina, sentada junto al fuego bajo entre pucheros, arremangado el mandil sobre sus rodillas y, sobre él, el cuenco de verruga de encina destilando, día tras día, el aroma a tomate y pepino del gazpacho. Aquel gazpacho templado con mimo y tantas veces compartido con la paciencia en las horas de comer ante un fuego que, para tanta cazuela, suponía una angustiada espera...

Mientras tanto, mi padre, Avelino Pinto, se iba de caza con su refinada puntería, muchas veces al límite de la veda, porque la comida escaseaba. También compartía liturgias, porque primero fue monaguillo y después sacristán. La gente del pueblo lo admiraba cuando le oían cantar, tocar el armonio y en el repique de campanas.

Pero poco duró nuestra vida en nuestro querido “Cuartel”. Rozaba mi tierna infancia cuando mis padres decidieron emigrar en busca de trabajo a otro lugar, como tantas y tantas familias por aquel entonces...

Y, así fue cómo, a tan temprana edad, el tren de mi vida encontró su punto de partida en un atardecer escurridizo de junio teniendo que dejar nuestro querido pueblo con sus almendros, higueras, olivares, encinas, chumberas, alcornoques, las buenas gentes

con sus costumbres arraigadas en el tiempo, la entrañable Laguna, la magia de la Sierra Lora al fondo, la Fontanica, y lo más doloroso: nuestra amada y extensa familia.

Mi tren... No puedo evitar sentirlo, recordarlo una y otra vez, en aquel ayer tan efímero, y supe, por primera vez, lo que era recorrer kilómetros de angustia y desaliento hacia otra lejana y desconocida tierra, en otro entorno, bajo una luna distinta. Y mi tren dejó atrás mi Esparragosa y les mostró a mis pasos otros caminos; otras costumbres...

Mi tren se detuvo en Alsasua, Navarra, bajo las enaguas de la Sierra de Urbasa. El número 59 de la calle Santa Cruz nos acogió y pasé los once primeros años de mi infancia llenos de cariño, alegría, juegos y escuela. Aquella casa fue tan especial como su huerto. Recuerdo el perejil junto al pozo, las vainas trepando hacia el cielo, el manzano, los dos ciruelos, el pequeño melocotonero que yo misma planté, las grandísimas margaritas y rosas y gladiolos de todos los colores.

Al poco tiempo, la muerte de mi padre nos vistió de luto. Nos lo arrebató el tren, con su frialdad de hierro, y tuvimos que partir mi hermana y yo, con nuestro equipaje de huérfanas, hacia tierras castellanas a un nuevo hogar dejando a nuestra madre y otras dos hermanas con doble pena... Un nuevo hogar bajo la inmensidad de un techo que amparaba hábitos religiosos y azules uniformes ferroviarios, sandalias y zapatos de colegialas en un continuo desfile bajo la bandera de la disciplina, el orden y la religión.

Y llegó el día en el que las misas, los libros y los desfiles cesaron y, con mi juventud recién estrenada, mi tren, de nuevo, se puso en marcha saltando estaciones, abriéndome un nuevo camino...

Con diecisiete años volví a Alsasua. La calle Santa Cruz dejó de ser mi calle y en el número 35 de la Plaza Zumalacárregui empecé a vivir la juventud, mi noviazgo, trabajo y matrimonio. Y con tres hijas, en el año 1984, emigramos a Vitoria. Y ahora, con la madurez mimando mi piel, tengo mi vida enmarcada en este suelo alavés que me ha retado a amar las palabras.

Breve autobiografía

A los dos años, seguía mecida con canciones de nana y desvelo.
A los cuatro, mi palabra infantil jugueteaba en silencio.

Con seis, esperaba entre almohadones las caricias de mi madre.
La sombra del ciprés me abrazó a los nueve.

A los once, la luna de las amapolas rompió mi calendario.
Fui esclava en el ojal de las normas, desde los doce.

Quise abrazar lo no permitido a los quince.
A los diecisiete, efímera juventud ahogada en los pasillos de los libros.

Sentí el atardecer en un beso, a los diecinueve.
A los veinte, rocé un único amor para venerar la sagrada honestidad.

A los veintitrés, dos anillos. Una nueva vida.
Con treinta, tres hijas en mi destino.

La sombra del ciprés me abrazó de nuevo a los treinta y siete.

Y ahora, en el sendero de mi madurez, soy letra ilusionada, rebelde
coma y punto sin despedida.

A mi madre

El tibio desfiladero me incitaba a salir y yo me dejaba llevar por el ansia de nacer mientras el vértigo del descenso contraía mi rostro. Y fui una hembra más, la cuarta, en el cálido nido del regazo de mi madre.

Mi madre, eterna trapecista en el circo de esta vida, sola en plena madurez ante un balanceo de hambre y angustia. Sola, teniendo que desdoblar su persona para acallar la dolorosa ausencia de mi padre en nuestras vidas. Sola ante barreras, en la jaula de su amarga rutina con sus lentas noches de tristeza y sin parar de tirar del vagón familiar con valentía y coraje. Sola, desde su trapecio de impotencia mecido por un cruel destino al que tuteaba con naturalidad para salvaguardar el equilibrio del hogar. Y siempre sola, a pesar de tener a sus hijas, porque ella adoraba a su hombre, su otro yo, su compañero de tantas fatigas disfrazadas muchas veces de alegría.

Su hombre, atalaya de risas en horas indefinidas, enjambre de ternura con aroma a templo, a campo, a incienso y de silenciosas lágrimas embadurnado.

Ahora que soy madre y esposa, me pongo en su lugar, mido tanto sentimiento y el orgullo me invade. Y retomo el cuaderno de la memoria para abrazar entre tenues pinceladas, su recuerdo.

Y pasa ante mí la película del ayer en blanco y negro, en suave llovizna de imágenes a veces veladas de aquel lejano tiempo...

Y regreso a la niñez en el pensamiento y me acomodo en la pequeña silla de enea al lado de mi madre. Me habla de mi padre durante largo tiempo con ternura y la escucho atenta, muy atenta, entre el cálido remolino de sus enaguas.

Me cuenta que él era monaguillo cuando lo conoció, y que ella iba a Misa tan sólo por verlo. Que fueron muchas las liturgias compartidas, porque también fue sacristán durante varios años hasta que se casaron. Se emociona cuando dice que cantaba como los ángeles y que era la admiración del pueblo en el repique de campanas. Se